

pararse del púlpito, en esta doble presencia, apareció en el lugar, donde hizo que el mismo cadáver señalara á su asesino, que resultó el mismo verdugo que iba á ejecutar á su padre, y que con la doble presencia lo salvó.

¡Yo estoy en la iglesia de Pátzcuaro! Veo allí la imagen de la Virgen de Guadalupe; veo á la Madre de los mexicanos que, colocada en el estandarte que levantaron Hidalgo y Morelos, favoreció la Independencia, rogando á Dios por México, y á la que la iglesia y el pueblo mexicanos le consagraron este lema: NON FECIT TALITER OMNI NATIONES.

Permíteme, Madre mía, el que á tu hija, aunque de un modo sumamente débil, como una ligera sombra y por tu permisión, le acomode el mismo lema: ¡NON FECIT TALITER OMNI NATIONES! ¡NO SE HA HECHO IGUAL EN OTRA NACION! Y México ha tenido la gloria de producir una mujer tan heroica, quien en nuestra historia, desgraciadamente, pasa olvidada, siendo así que debía ser la primera lección que debía darse á sus hijas, convirtiéndolas en un genio tal vez superior al de las espartanas.

* * *

CUARTA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

Continuemos la bella historia del General Guerrero, en donde, á más del gran provecho que está sacando la patria de sus esfuerzos, sigue manifestando su talento, sus previsiones y su destreza para dar golpe sobre golpe á los enemigos de la patria.

Después de la acción de Xonacatlán, donde Lamadrid fué rechazado con bastante pérdida por Guerrero, se dirigió al cerro del Alumbre, inmediato á Tlapa: lo atrincheró, y sabiendo que Don Saturnino Samaniego conducía un convoy de Oaxaca para Izucar, se apoderó de los principales puntos de la Cañada del Naranjo: salió muy de madrugada de Acatlán, y antes de amanecer sorprendió á Samaniego y tomó el convoy. Derrotado completamente Samaniego, se dirigió á Izucar, donde Lamadrid, también derrotado, reunía nuevas fuerzas. Ambos jefes marcharon en seguida contra Guerrero, quien los esperó en Chinantla, cerca de Piaxtla. Le atacaron desde que rompió el día, la acción duró hasta la noche y la victoria quedó por Guerrero, que obligó á sus contrarios á volverse á Izucar.

Después de algunos encuentros pequeños determinó atacar á Tlapa, á cuyo efecto mandó al Coronel Juan del Carmen á las inmediaciones de esa villa. El 20 de Julio de 1815 le avisó Carmen que estaba á la vista del enemigo. Guerrero marchó rápidamente á auxiliarle y llegó á la sazón en que comenzaba á empeñarse la lucha. Después de porfiada resistencia, la victoria fué de Guer-

rero, cuyas tropas acabaron con las españolas, escapando uno que otro soldado. En seguida se dirigió á Tlapa, y ocultando su marcha á favor de la noche, se acercó á la villa sin ser sentido y rompió el fuego al toque de diana, formando en el acto una línea de circunvalación para estrechar el sitio. Durante veinte días permaneció sin dejar mover un instante á los realistas.

Después supo que Armijo se dirigía sobre Tlapa para ocupar la loma llamada «La Caballería.» Guerrero se posesionó de ella sosteniendo algunas escaramuzas, y advirtiendo que Armijo podría dirigirse á Tlapa por el camino de la Cruz, se colocó con cien hombres en la cima de la loma que forma este camino.

Armijo sorprendió el campo á la madrugada, ocupó las trincheras y cargó á la bayoneta matando algunos soldados. Guerrero se acercó á dar fuego al cañón, y se encontró tan cerca de la infantería enemiga, que un soldado le prendió el sombrero con la bayoneta y otros le dispararon á quemarropa, hasta el extremo de lastimarle el labio superior con el cañón de un fusil. Logró librarse de aquel riesgo, y animando con la voz á sus soldados, cargó con tal ímpetu sobre el enemigo, que, á pesar de la resistencia de éste, lo derrotó completamente.

En Diciembre de 1815, y después de algunas batallas notables que ganó, volvió á derrotar dos veces á Lamadrid, primero á orillas del río Xiputla y después en Huamuxtitlán.

La revolución declinaba, y con la pérdida de Morelos en 1816, fué de casi completo desconcierto. En Noviembre sufrió un fuerte descalabro el General Guerrero en la cañada de los Naranjos, donde se había fortificado para esperar á Samaniego, que conducía otro convoy para Acatlán. El jefe español forzó el paso é hizo huir á la tropa de Guerrero, quien corrió grave riesgo y tuvo muchos muertos y heridos.

El 16 del mismo mes tuvo otro encuentro con Samaniego y Lamadrid en el cerro de Piaxtla, y aunque no de grandes resultados, fué favorable el éxito al jefe mexicano, pues los realistas fueron dispersados y obligados á volver á Izucar.

Poco tiempo después derrotó á Zavala y Reguera en Azayú. En este punto fué donde recibió una carta de Sesma, que le participaba el indulto de Terán, quien escribía á Sesma que el padre de Guerrero llevaba á éste el indulto. Apodaca apeló á la Naturaleza y comprometió al padre del General mexicano á que interpusiese sus respetos y su amor para que cediese Guerrero, á quien se hacían grandes promesas. Patriota verdadero, aunque hijo obediente, Guerrero resistió á las súplicas de su padre: mandó formar á sus tropas, y principalmente á su oficialidad: dió á conocerles á su padre con el amor y ternura de un buen hijo, y les dijo: «Mi padre, que tenéis aquí, viene á ofrecermé dinero, honores y dignidades, á la vez que la paz y sosiego de mi persona, con tal que me retire de mis trabajos de Independencia, y vuelva á la casa particular, ó que ingrese en el ejército español, si así me conviniere. Mi padre ocupa un lugar muy distinguido en mi corazón; pero mi patria es primero, y yo continuaré mis trabajos, hasta vencer ó morir.»

Dicho esto, retiró á sus tropas, y él mismo fué custodiando á su padre hasta salir de sus dominios; no obstante que él veía la consideración que el Virrey tenía á su padre, con quien mandó indultar á algunos de los pronunciados, que sucumbían al poder español; viéndose aislado Guerrero, pues el indulto del mismo Sesma hacía muy peligrosa su situación por aquellos rumbos, por lo que se internó por la Mixteca, disponiendo que Carmen ocupara Xonacatlán.

En Febrero de 1817, reunidas varias secciones del Gobierno, sitiaron á Xonacatlán, y después de una resistencia gloriosa, lo tomaron, muriendo, entre otros muchos insurgentes, el atrevido Coronel Juan del Carmen. Los pocos que escaparon se dirigieron en busca de Guerrero, que, tan infeliz como sus compañeros, se vió en la necesidad de retroceder. La desgracia de Xonacatlán amedrentó á muchos, que ó desertaron ó se acogieron al indulto; y, como nunca faltan traidores, hubo algunos que, separados de las filas de Guerrero, se constituyeron espías del ejército realista, causando así terribles males al jefe mexicano, tanto por el conocimiento del terreno, como por el del sistema que acostumbraba seguir Guerrero en sus operaciones militares. La toma de Xonacatlán puede, pues considerarse, como uno de los últimos actos de la primera guerra de Independencia, y desde entonces, debe datarse la última época de esa lucha terrible, cuya gloria es exclusiva de Don Vicente Guerrero.

CAPITULO SEGUNDO.

ESPERANZAS DE ARREGLOS ENTRE GUERRERO É ITURBIDE Y ADVERSIDADES DE LA REVOLUCIÓN.

La malograda expedición del General Mina, ocupó el año de 1817. La muerte de Morelos, Matamoros y Mina; la prisión de Bravo y Rayón, y el indulto de Terán y otros jefes, derramaron el desaliento en toda la Nueva España, que aunque más cercana que nunca á la libertad, gemía más que nunca atada á la Metrópoli. Un hombre solo quedó en pie, enmedio de tantas ruinas: una voz sola se oyó enmedio de aquel silencio: Don Vicente Guerrero, abandonado de la fortuna muchas veces, traicionado por alguno de los suyos, sin dinero, sin armas, sin elementos de ningún género, se presenta en aquel período de desolación, el único mantenedor de la santa causa de la Independencia. En este período, es en el que más brillan las dotes del General Guerrero; su valor, su prudencia, su actividad, su profunda sagacidad, su consumada práctica en la especie de guerra que tenía que hacer; y sobre todo su heroica constancia y su inalterable decisión, tanto por la Independencia, como por el sistema republicano. Solo, sin rival en esta época de luto, Guerrero, manteniendo en las montañas aquella chispa del casi apagado incendio de Dolores, trabajaba sin tregua contra el poder colonial, cuyos sangrientos himnos de victoria eran fre-

cuentemente interrumpidos por el eco amenazador de los cañones del Sur. Lindero de dos edades, Guerrero era el recuerdo de la generación que acababa y la esperanza de la que iba á nacer. ¿Qué importaba ya en este momento la pobre cuna ni la ignorancia del humilde hijo del pueblo? En nombre de la Patria y con la espada en la mano, aquel soldado obscuro se había elevado al nivel de los más famosos capitanes; porque sólo el valor señala los puestos en el campo de batalla; y Guerrero había ganado uno á uno todos sus títulos y subido una por una todas las gradas de la escala social militar.

Guerrero era ya no un oficial obscuro y sin mérito, sino un General de importancia que estaba al frente de una numerosa fuerza bien disciplinada y valiente. Hubo algunos encuentros, en los que fué siempre el vencedor. El 19 de Enero de 1821 le dirigió Iturbide una carta, mediante el Lic. oaxaqueño Don Carlos María Bustamante, en la cual lo invitaba á conferenciar con él, enviando persona de su confianza para que se impusiese á fondo de su modo de pensar, é indicando la probabilidad de que los Diputados que habían ido á España consiguieran la venida del Rey ó de alguno de sus hermanos, con lo cual se conseguiría la felicidad del país.

Esta carta, profundamente estudiada, abría la negociación, destruyendo uno de los obstáculos que separaban á los partidos: la administración colonial. Mas Guerrero, que entendía poco de diplomacia y marchaba rectamente al fin, obligó á Iturbide á declararse, dirigiéndole la siguiente contestación:

«Señor Don Agustín de Iturbide.—Muy Señor mío: Hasta esta fecha llegó á mis manos la atenta carta de Ud., de diez del corriente; y como en ella me insinúa que el bien de la patria y el mío le han estimulado á ponérmela, manifestaré los sentimientos que me animan á sostener mi partido. Como por la referida carta descubro en Ud. algunas ideas de liberalidad, voy á explicar las mías con franqueza, ya que las circunstancias van proporcionando la ilustración de los hombres y desterrando aquellos tiempos de terror y barbarismo en que fueron envueltos los mejores hijos de este desgraciado pueblo. Comencemos por demostrar suscintamente los principios de la revolución, los incidentes que hicieron más justa la guerra y obligaron á declarar la Independencia.

«Todo el mundo sabe que los americanos, cansados de promesas ilusorias, agraviados hasta el extremo, y violentados, por último, de los gobiernos de España, que levantados entre el tumulto, uno de otro, sólo pensaron en mantenernos sumergidos en la más vergonzosa esclavitud, y privarnos de las acciones que usaron los de la Península, para sistemar un gobierno, durante la cautividad del Rey, levantaron el grito de la libertad bajo el nombre de Fernando VII, para substraerse sólo de la opresión de los mandarines. Se acercaron nuestros principales caudillos á la capital, para reclamar sus derechos ante el virrey Venegas, y el resultado fué la guerra. Esta nos la hicieron formidable desde sus principios, y las represalias nos precisaron á seguir la crueldad de los españoles. Cuando llegó á nuestra noticia la reunión de las Cortes de España, creíamos que calmarían nuestras desgracias, en cuanto se nos hiciera justicia. ¡Pero qué

vanas fueron nuestras esperanzas! ¡Cuán dolorosos desengaños nos hicieron sentir efectos muy contrarios á los que nos prometíamos! Pero ¿cuándo y en qué tiempo? Cuando agonizaba España, cuando oprimida hasta el extremo por un enemigo poderoso, estaba próxima á perderse para siempre; cuando más necesitaba de nuestros auxilios para su regeneración; entonces. . . entonces, descubren todo el daño y oprobio con que siempre alimentan á los americanos; entonces declaran su desmesurado orgullo y tiranía; entonces reprochan con ultraje las humildes y justas representaciones de nuestros diputados; entonces se burlan de nosotros, y echan el resto á su iniquidad: no se nos concede la igualdad de representación, ni se quiere dejar de conocernos con la infame nota de COLONOS, aun después de haber declarado á las Américas parte integral de la Monarquía. Horroriza una conducta como esta, tan contraria al derecho natural, divino y de gentes. ¿Y qué remedio? Igual debe ser á tanto mal. Perdimos la esperanza del último recurso que nos quedaba, y estrechados entre la ignominia y la muerte, preferimos ésta, y gritamos: «INDEPENDENCIA Y ODIOS ETERNO Á AQUELLA GENTE DURA.» Lo declaramos en nuestros periódicos, á la faz del mundo; y aunque desgraciados, y que no han correspondido los efectos á los deseos, nos anima una noble resignación, y hemos protestado ante las aras del Dios vivo, ofrecer en sacrificio nuestra existencia, ó triunfar y dar vida á nuestros hermanos. En este número está Ud. comprendido. ¿Y acaso ignora algo de cuanto llevo expuesto? ¿Cree Ud. que los que en aquel tiempo, en que se trataba de nuestra libertad, y decretaron nuestra esclavitud, nos serán benéficos, ahora que la han conseguido, y están desembarazados de la guerra? Pues no hay motivo para persuadirse que ellos sean tan humanos. Multitud de recientes pruebas tiene Ud. á la vista; y aunque el transcurso de los tiempos le haya hecho olvidar la afrentosa vida de nuestros mayores, no podrá ser insensible á los acontecimientos de estos últimos días. Sabe Ud. que el Rey, identifica nuestra causa con la de la Península, porque los estragos de la guerra, en ambos hemisferios, le dieron á entender la voluntad general del pueblo; pero véanse cómo están recompensados los caudillos de ésta, y la infamia con que se pretende reducir á los de aquélla. Dígase, ¿qué causa puede justificar el desprecio con que se miran los reclamos de los americanos sobre innumerables puntos de gobierno, y en particular, sobre la falta de representación en las Cortes? ¿Qué beneficio le resulta al pueblo, cuando para ser ciudadano se requieren tantas circunstancias que no pueden tener la mayor parte de los americanos? Por último, es muy dilatada esta materia, y yo podría asentar multitud de hechos, que no dejarían lugar á la duda; pero no quiero ser tan molesto, porque Ud. se habrá bien penetrado de estas verdades, y advertido de que cuando todas las naciones del Universo están independientes entre sí, gobernadas por los hijos de cada una, sólo la América depende afrentosamente de España, siendo tan digna de ocupar el mejor lugar en el teatro universal. La dignidad del hombre es muy grande; pero ni ésta, ni cuanto pertenece á los americanos, han sabido respetar los españoles. ¿Y cuál es el honor que nos queda, dejándonos ultrajar tan escandalosamente? Me avergüenzo al contemplar sobre este punto, y decla-

maré eternamente contra mis mayores y contemporáneos que sufren tan ominoso yugo.

«He aquí demostrado brevemente, cuanto puede justificar nuestra causa, y lo que llenará de oprobio á nuestros opresores. Concluyamos: con que usted equivocadamente ha sido nuestro enemigo, y que no ha perdonado medios para asegurar nuestra esclavitud; pero si entra en conferencia consigo mismo, conocerá que siendo americano, ha obrado mal; que su deber le exige lo contrario; que su honor lo encamina á empresas más dignas de su reputación militar; que la patria espera de usted mejor acogida; que su estado le ha puesto en las manos fuerzas capaces de salvarla, y que si nada de esto sucediere, Dios y los hombres castigarán su indolencia. Estos á quienes usted reputa como enemigos, están distantes de serlo, pues que se sacrifican gustosos por solicitar el bien de usted mismo; y si alguna vez manchan sus espadas en la sangre de sus hermanos, lloran su desgraciada suerte, porque se han constituido sus libertadores, y no sus asesinos; mas la ignorancia de éstos, la culpa de nuestros antepasados, y la más refinada perfidia de los hombres, nos han hecho padecer males que no debiéramos, si en nuestra educación varonil nos hubiesen inspirado el carácter nacional. Usted, y todo hombre sensato, lejos de irritarse con mi rústico discurso, se gloriarán de mi resistencia; y sin faltar á la racionalidad, á la sensibilidad y á la justicia, no podrán redargüir á la solidez de mis argumentos, supuesto que no tienen otros principios que la salvación de la patria, por quien usted se manifiesta interesado. Si esto inflama á usted, ¿qué, pues, hace retardar el pronunciarle por la más justa de las causas? Sepa usted distinguir, y no confunda: defienda sus verdaderos derechos, y esto le labrará la corona más grande; entienda usted que yo no soy el que quiero dictar leyes, ni pretendo ser tirano de mis semejantes: decídase usted por los verdaderos intereses de la nación, y entonces tendrá la satisfacción de verme militar á sus órdenes, y conocerá un hombre desprendido de la ambición é interés, que sólo aspira á substraerse de la opresión, y no á elevarse sobre las ruinas de sus compatriotas.

«Esta es mi decisión, y para ello cuento con una regular fuerza bien disciplinada y valiente, que á su vista huyen despavoridos cuantos tratan de sojuzgarla; con la opinión general de los pueblos, que están decididos á sacudir el yugo ó morir, y con el testimonio de mi propia conciencia, que nada teme cuando por delante se le presenta la justicia en su favor.

«Compare usted que nada me sería más degradante como el confesarme delincuente y admitir el perdón que ofrece el Gobierno, contra quien he de ser contrario hasta el último aliento de mi vida; mas no me desdeñaré de ser un subalterno de usted en los términos que digo; asegurándole que no soy menos generoso, y que con el mayor placer entregaría en sus manos el bastón con que la Nación me ha condecorado.

«Convencido, pues, de tan terribles verdades, ocúpese usted en beneficio del país en que ha nacido, y no espere el resultado de los Diputados que marcharon á la Península, porque ni ellos han de alcanzar la gracia que pretenden, ni nosotros tenemos necesidad de pedir por favor lo que se nos debe de justicia,

por cuyo medio veremos prosperar este fértil suelo y nos eximiremos de los gravámenes que nos causa el enlace con España.

« Si en ésta, como usted me dice, reinan las ideas más liberales que conceden á los hombres todos sus derechos, nada le cuesta, en ese caso, el dejarnos á nosotros el uso libre de todos los que nos pertenecen, así como nos los usurparon en el dilatado tiempo de tres siglos. Si generosamente nos dejan emancipar, entonces diremos que es un gobierno benigno y liberal; pero si, como espero, sucede lo contrario, tenemos valor para conseguirlo con la espada en la mano.

« Soy de sentir que lo expuesto es bastante para que usted conozca mi resolución y la justicia en que me fundo, sin necesidad de mandar sujeto á discutir sobre propuestas ningunas, porque nuestra única divisa es: LIBERTAD, INDEPENDENCIA O MUERTE. Si este sistema fuese aceptado por usted, confirmaremos nuestras relaciones; me explayaré algo más: combinaremos planes, y protegeré de cuantos modos me sea posible sus empresas; pero si no se separa del constitucional de España, no volveré á recibir contestación suya, ni verá más letra mía. Le anticipo esta noticia, para que no insista ni me note después de impolítico, porque ni me ha de convencer nunca á que abraza el partido del Rey, sea el que fuere, ni me amedrentan los millares de soldados, con quienes estoy tan acostumbrado á batir. Obre usted como le parezca, que la suerte decidirá, y me será más glorioso morir en la campaña, que rendir la cerviz al tirano.

Nada es más compatible con su deber, que el salvar la patria, y no tiene otra obligación más forzosa. No es usted de inferior condición que Quiroga, ni me persuado que dejará de imitarle, osando emprender, como él mismo aconseja. Concluyo con asegurarle, que la nación está para hacer una explosión general, que pronto se experimentarán sus efectos; y que me será sensible perezcan en ellos, los hombres, que como usted, deben ser sus mejores brazos.

He satisfecho al contenido de la carta de usted, porque así lo exige mi crianza; y le repito que todo lo que no sea concerniente á la total independencia, lo demás lo disputaremos en el campo de batalla.

« Si alguna feliz mudanza, me diere el gusto que deseo, nadie me competirá la preferencia de ser su más fiel amigo y servidor, como lo protesta su atento Q. B. S. M.—VICENTE GUERRERO.—Rincón de Santo Domingo, á 20 de Enero de 1821.»

Iturbide contestó á Guerrero lo siguiente, desde Tepecoacuilco, el día 4 de Febrero:

« Estimado amigo:— No dudo dando á usted este título, porque la firmeza y el valor son las cualidades primeras que constituyen el carácter del hombre de bien, y me lisonjeo de darle á usted en breve un abrazo que confirme mi expresión.

« Este deseo, que es vehemente, me hace sentir que no haya llegado hasta hoy á mis manos, la apreciable de usted de 20 próximo pasado: y para evitar estas morosidades, como necesarias en la gran distancia, y adelantar el bien con la rapidez que debe ser, envío á usted al portador, para que le dé por mí

las ideas, que sería muy largo explicar con la pluma; y en este lugar sólo aseguraré á usted, que dirigiéndonos usted y yo á un mismo fin, nos resta únicamente acordar por un plan bien sistemado, los medios que nos deben conducir indudablemente y por el camino más corto. Cuando hablemos usted y yo, se asegurará de mis verdaderos sentimientos.

« Para facilitar nuestra comunicación, me dirigiré luego á Chilpancingo, donde no dudo que usted se servirá acercarse, y que más haremos sin duda en media hora de conferencia, que en muchas cartas.

« Aunque estoy seguro de que usted no dudará un momento de la firmeza de mi palabra, porque nunca di motivo para ello, pero el portador de ésta, Don Antonio Mier y Villagómez, la garantizará á satisfacción de usted, por si hubiese quien intente infundirle la menor desconfianza.

« A haber recibido antes la citada de usted y haber estado en comunicación, se habría evitado el sensibilísimo encuentro que tuvo usted con el Teniente Coronel Don Francisco Antonio Berdejo el 27 de Diciembre, porque la pérdida de una y otra parte lo ha sido, como usted escribe á otro intento á dicho jefe, pérdida para nuestro país. ¡Dios permita que haya sido la última!

« Si usted ha recibido otra carta que con fecha 16 le dirigí desde Cunacotepec, acompañándole otra de un americano de Mexico, cuyo testimonio no debe serle sospechoso (el Licenciado Don Carlos María de Bustamante), no debe dudar que ninguno, en la Nueva España, es más interesado en la felicidad de ella, ni la desea con más ardor, que su afecto amigo, que desea comprobar con obras esta verdad, y S. M. B.—AGUSTÍN DE ITURBIDE.— Señor Don Vicente Guerrero.»

Consecuencia de estas contestaciones fué la entrevista que ambos jefes tuvieron en el pueblo de Acatempam, donde Guerrero cedió el mando al nuevo General del Ejército Independiente. Don Lucas Alamán niega esta entrevista, sin dar razón alguna de su negativa que, por otra parte, contradicen los asertos de Zavala, que afirma tener los pormenores que refiere del mismo Guerrero, por los de Bustamante y del autor del « Bosquejo Histórico » impreso en 1822 y la opinión común; parece, pues, seguro, que la entrevista se verificó. Yo, además, tengo otro dato. Don Manuel Gómez Pedraza me lo confirmó hace once años, refiriéndose, no recuerdo si á Iturbide ó á Guerrero. Gayo dice lo siguiente:

« Mas aun suponiendo que no haya tenido lugar la material reunión de Guerrero é Iturbide, lo que no puede dudarse es el hecho, verdaderamente sublime, de haber entregado el mando el jefe insurgente al Coronel de Celaya. Que Guerrero hubiera entregado el mando á uno de sus antiguos jefes, á un compañero de sus glorias ó de sus infortunios, á Bravo, prisionero; á Victoria, prófugo; á Terán, indultado, habría sido siempre una acción noble y generosa, porque siempre bajaba del puesto á que tan digna y justamente había subido; pero al fin aquellos hombres habían, con más ó menos fortuna, con más ó menos acierto, sostenido la misma causa. Pero reconocer por jefe al más encarnizado de sus enemigos, al más robusto apoyo del Gobierno español, al que por tantos años había derramado la sangre de los mexicanos, y reconocerle sin más

garantía que su palabra de honor, fué, preciso es decirlo, una acción eminentemente heroica, y que pocos ejemplos habrá en la historia. Aquella generosa abdicación, aquella voluntaria obediencia, prueban la grandeza de alma de Guerrero, que todo lo olvidaba: orgullo, rasentimientos, honores, gloria, ambición, poder, todo, ante el servicio de la patria. Para valorar la extensión de este sacrificio, es indispensable recordar aquella lucha de once años, en que día por día, y hora por hora, había visto Guerrero á Iturbide en las filas de los opresores; aquellas escenas terribles en que ambos habían sido actores, y los peligros corridos, y la sangre derramada en los campos y en los patíbulos, y el hambre, y la sed, y. . . en fin, sólo el amor á la Patria y un temple de alma muy particular, pudieron ser fundamentos de tan noble acción.»

Estas son las consideraciones justas y bien dichas del autor Gayo.

* * *

Aunque el mal hombre y verdugo de la patria mexicana, Don Lucas Alamán, niega que Iturbide y Guerrero llegaran á tener una reunión personal de transacción, todos los más escritores aseguran ese sublime acto personal verificado en Acatempam. Oigamos, entre otros escritores, lo que dice Zavala, escritor de crédito:

«La conferencia se verificó en un pueblo del Estado de México, cerca de un lugar que después se hizo célebre por haber recibido en él una herida el mismo Guerrero, cuando hacía la guerra á Iturbide por haber usurpado el mando con el título de Emperador. Ambos jefes se acercaron con cierta desconfianza el uno del otro, aunque evidentemente la de Guerrero era más fundada. Iturbide había hecho una guerra cruel y encarnizada á las tropas independientes del año de 1810. Los mismos jefes españoles apenas llegaban á igualar en crueldad á este americano desnaturalizado; y verlo como por encanto presentarse á sostener una causa que había combatido, parece que debía inspirar recelos á hombres que, como los insurgentes mexicanos, habían sido muchas veces víctimas de su credulidad y de perfidias repetidas. Sin embargo, Iturbide, aunque sanguinario, inspiraba confianza, por el honor mismo que él ponía en todas sus cosas.

«No se le creía capaz de una felonía, que hubiera manchado su reputación de valor y de nobleza de proceder. Por su parte, muy poco tenía que temer del General Guerrero, hombre que se distinguió desde el principio por su humanidad y una conducta llena de lealtad en la causa que sostenía. Las tropas de ambos caudillos estaban á tiro de cañón unas de otras. Iturbide y Guerrero se encuentran y se abrazan. Iturbide, dice al primero: «No puedo explicar la satisfacción que experimento al encontrarme con un patriota que ha sostenido la noble causa de la Independencia y ha sobrevivido él solo á tantos desastres, manteniendo vivo el fuego de la Libertad. Recibid este justo homenaje de vuestro valor y de vuestras virtudes.» Guerrero, que experimentaba, por su parte, sensaciones igualmente profundas y fuertes, dijo: «Yo, señor, felicito á mi patria, porque recobra en este día un hijo, cuyo valor y conocimientos le han sido tan

funestos. . . .» Ambos jefes estaban como oprimidos bajo el peso de tan grande suceso: ambos derramaban lágrimas que hacían brotar un sentimiento grande y desconocido. ¡Lágrimas! ¿Qué palabra es ésta? ¿Quién podrá definir bien lo que significan lágrimas? Viendo rodar por las mejillas esa agua cristalina y acuosa; que por tantas cosas pueden ser. Las lágrimas de la mujer, dice un versillo corrido entre las gentes, por mil cosas pueden ser. Las lágrimas de varón, ó son celos ó amor son. Mas en el caso presente, ¿qué lágrimas son las que se desprenden de Guerrero é Iturbide? ¿Qué lágrimas son aquellas, que vienen acompañadas de dos corazones palpitantes, y que en este momento de buena fe se juntan para dar un temple que favorezca la libertad de México? Es preciso analizar estas aguas que, á nombre del Supremo Hacedor, corren para llenar un fin grande que se ha propuesto, que es la LIBERTAD DE MEXICO: se mezclan para dar el temple que hace más rápida la libertad.

Las lágrimas de Iturbide, salen mezcladas con el arrepentimiento de haber hecho mal á su Patria; arrepentimiento provocado no por los frailes de la Profesa, como se ha dicho, porque éstos iban á su conveniencia solamente; porque iban á buscar en Iturbide, el medio de trasladar la opresión de España á la tierra mexicana, trayendo á los Reyes de aquellos países; y esto no podría producir mas que la conveniencia de quedar Iturbide envuelto en las mismas tiranías que se trataba de exterminar; y ojalá y esos mismos sacerdotes de la Profesa, hubieran llorado de arrepentimiento, por haber gozado de esas regalías regias, que tanto los envenenaban moralmente, pues la política humana debe estar lejos del verdadero sacerdocio. Iturbide lloraba doblemente: lloraba de arrepentimiento, por haber hecho tantos males al suelo que le viera nacer, y lloraba, porque conciliaría el perdón de sus delitos, con el sagrado bautismo de ayudar á la Independencia, valido de aquella fama, brutalmente adquirida, con los elogios de los tiranos, que por tres siglos, habían azotado á la Patria, y hecho desaparecer millares de americanos, que por distintas maneras, acabaron, como lo asegura el sabio y virtuoso Padre Burgoa, quien dice: «En el Mineral de Santa Catalina, minas de Oaxaca, han muerto veinticinco mil indios, por el hambre y los trabajos forzados; á quienes en lugar de darles un sueldo para comer, les daban una tirilla de papel que decía: «Confesó y comulgó en Antequera, año de 1»

Señores, es preciso hacer justicia, entre el verdadero sacerdocio, y el que, después de haber abandonado y votado el incensario, y profanado el cáliz y la hostia consagrada, sólo aparece en él, la irregularidad del que quebranta las instituciones sagradas que ha sembrado el mismo Cristo, cuando en su última cena consagra el pan y encarga á sus apóstoles lo sigan consagrando, como una memoria del Redentor, que ha venido con su sangre á enseñar á los hombres el camino de la virtud, el buen camino de la igualdad y la gran virtud de la caridad, que aun después se ha olvidado tantas veces, constituyéndose en martirio de la misma humanidad. ¡Ah! señores, el sacerdote que, como los dominicos de Oaxaca en la Conquista, andaban en los campos de aquel país, conquistando con la instrucción, con la mansedumbre, con el asociamiento y con la levantada